

ARCHÍVO CENTRAL LÍRICO-DRAMATICO.

LA MUERTE INCIVIL

PARODIA

EN UN SOLO ACTO

ORIGINAL

DE

Joseph

D. JOSÉ COLL Y BRITAPAJA.

Estrenada con éxito
en el teatro de Novedades á beneficio del primer actor y director
DON ANTONIO VICO, la noche del 20 de Julio de 1871.

BARCELONA
IMPRENTA DE SALVADOR MANERO,
RONDA DEL NORTE, NÚM. 128.

1871.

LA MUERTE INCIVIL

[3]

LA MUERTE INCIVIL

PARODIA

EN UN SOLO ACTO

ORIGINAL

DE

D. JOSÉ COLL Y BRITAPAJA

Estrenada con éxito
en el teatro de Novedades á beneficio del primer actor y director
DON ANTONIO VICO, la noche del 20 de Julio de 1871.

BARCELONA
IMPRENTA DE SALVADOR MANERO,
RONDA DEL NORTE, NUMERO 128.

1871.

PERSONAS.	ACTORES.
CALIXTA.	D.ª CARMEN FENOQUIO.
ANACLETA.	» MATILDE SERRANO.
LORENZO.	SR. MIGUEL.
EL PADRE MELITON. . . .	» ALISEDO.
PALMETA.	» GIRBAL.

La escena en Chinchon en casa de Palmeta.

LA MUERTE INCIVIL [1]

ACTO ÚNICO.

Planta baja de una casa de aldea. Puerta al foro que se supone dar á la calle. Dos puertas á cada lado. La primera de la izquierda conduce á la habitacion de Calixta: la segunda al comedor. La primera de la derecl a al despacho de Palmeta. Un sillon de cuero á la izquierda, otro á la derecha junto á un velador. En las paredes utensilios propios de la profesion de veterinario, como herraduras, grandes tijeras, etc. etc.

FSCENA PRIMERA.

MELITON.

(*Entrando.*) Vengo sofocado, desvencijado, nadando en sudor. Lo que le cuestan a uno esos feligreses! Y para qué? Para pasarse uno catorce meses sin cobrar la miserable cóngrua, viviendo, como los camaleones, del aire... y de los regalillos de esos honrados parroquianos. Ah! gobiernos radicales! aquí quisiera yo veros! Veamos como estamos de presupuesto eclesiástico. Ahí está *La Igualdad*. ¡Que periodicuchos gasta ese albeitar demagogo! Leamos, mientras se presenta buenamente la ocasion de echar

(1) Esta parodia es arreglo de la escrita por el mismo autor con el título de *La morte incivile*, (representada con éxito extraordinario en Madrid, teatro de los Bufos Arderius, á beneficio de D. Gabriel Sanchez Castilla,) y en vista de la traduccion castellana de D. Calixto Boldun, dada á conocer por D. Antonio Vico.

un parratillo con la señora Calixta. Que alma tan tierna tiene esa parroquiana! Y que guapa es! Bocado de cardenal. Y ¡ay! segun están los tiempos, es tan difícil que llegue yo á cardenal! (*Observa un momento junto á la puerta del corredor.*) Pues... trabajando como siempre! No quiero distraerla. Esperaré leyendo esas teorías disolventes. Como está la sociedad! (*Toma el periódico y empieza á leer, interrumpiéndose de cuando en cuando para decir lo que sigue.* (Vamos! ese señor Palmeta, ó doctor Palmeta, ó como se llame, me está dando á mí muy mala espina. (*Lee un poco.*) No es posible que un débil seglar viva al lado de Calixta, sin andar constantemente á mojicones con el demonio tentador. Con que uno está siempre en gracia y todavía... Ah! porque no soy seglar, aunque fuese albeitar! (*Lee.*)

ESCENA II.

DICHO, LORENZO. (*haraposo, sucio y lleno de polvo y con un garrote en la mano*) *A su tiempo* CALIXTA.

LORENZO. No puedo dar un paso mas; aquí me cuelo. (*Tono dramático en todo el papel.*)

MELITON. (*Volviéndose.*) Como? ¿quien es usted buen hombre?

LORENZO. Me parece que para hombre es usted demasiado curioso.

MELITON. Repare usted que está hablando con un ministro...

LORENZO. Con un ministro! (*Retrocediendo.*)

MELITON. Del señor.

LORENZO. ¡Ah! señor ministro, tenga usted piedad de este generoso transeunte. (*Se le acerca.*)

MELITON. Apártate pálida sombra!

LORENZO. Apartarme, y porque?

MELITON. Uf! que olor á petróleo! (Que horrible sospecha!) Usted viene de Paris, horror! ¿es usted comunalista?

LORENZO. Eh! poco á poco, señor mio; yo tengo una carrera algo mas decente.

MELITON. No me convenzo... Ese repugnante olor...

LORENZO. Señor, no lo extrañe usted; he entrado en un figon, estenuado de hambre y de fatiga, he pedido una tortilla á la francesa...

MELITON. ¿A la francesa?

LORENZO. Me la han traido y vea usted... ha resultado estar hecha con petróleo.

MELITON. Y se la ha comido usted?

LORENZO. Cuando he venido á saberlo ya estaba dentro.

MELITON. Atiza!

LORENZO. Ah! señor mio, otras cosas peores he comido en este mundo. Los desgraciados tenemos buenas tragaderas.

MELITON. Esto me tranquiliza; sin embargo, exijo que me explique usted...

LORENZO. Ah! si señor, voy á abrir á usted el pecho.

MELITON. Como? (*Apartándose vivamente.*)

LORENZO. Lo dicho.

MELITON. Va usted á explicarme?...

LORENZO. Eso es lo que usted quisiera. A saber á Salamanca!

MELITON. Como se entiende? Entonces voy á dar parte.

LORENZO. No, estoy seguro de que no dará usted parte, si no quiere que yo se lo dé todo. (*Levantando el garrote en que se apoya.*)

MELITON. Como! seria usted capaz?

LORENZO. De todo, caballero. He servido seis meses en la Porra.

MELITON. Me intereso por usted y estoy rabiando por saber su interesante historia, que debe de ser muy interesante. ¿Ha sido usted muy desgraciado, caballero? (*Apoyando la última palabra.*)

LORENZO Sí señor... muy desgraciado! Nací sietemesino, me criaron catorce amas y ni una buena á los cinco años ya andaba solo.

MELITON. Ya es algo.

LORENZO. A los veinticinco ya pintaba persianas, exvotos y comedores; á los veintiocho me enamoré y á los veintisiete me casé.

MELITON. Eso es mas raro todavía.

LORENZO. Pero aquí viene lo gordo, lo horrible, lo tenebroso de mi historia:

MELITON. Continue usted que me interesa.

LORENZO. Sí, eh? Pues ya no sabe usted nada mas.

MELITON. Se lo suplico encarecidamente.

LORENZO. Me ha enternecido usted. Continuo.

MELITON. (Si yo pudiese escurrirme.)

LORENZO. Mi mujer tenia un hermano.

MELITON. Zape!

LORENZO. No, zape no, Perico. Perico me rogó que le

pintase un ex-voto dedicado á la vírgen de la Paloma y representando á esta en el acto de salvarle de las garras de un perro rabioso. Se lo pinté y mi cuñado, que entendia de pintura tanto como usted en cánones, encontró que el perro parecia un conejo y una yema de huevo la nube que rodeaba á la milagrosa imágen. Mi amor propio de artista se sublevó y le tiré una bofetada y algunas otras indirectas, nos abrazamos como buenos cuñados, y al separarnos ¡ay! él cayó desplomado al suelo. Era una tortilla á la española!

MELITON. Es usted un asesino.

LORENZO. Diga usted mas bien un cocinero!

MELITON. Continue usted.

LORENZO. Continuo. Acudió mi esposa al lugar del siniestro y se desmayó junto al cadáver de su hermano, llegaron los vecinos; un zapatero inhumano me tiró una horma de pié mayor á la cabeza y caí sin sentido. Quince dias despues desperté en un calabozo de la Carraca. Habia sido condenado á leontina perpetua.

MELITON. Horrible castigo!

LORENZO. Ah! caballero, y tan horrible! Si tuviera usted por aquí alguna cosilla que llevar á la boca. Tengo un hambre de clase pasiva.

MELITON. No puede usted distraerse ahora en tonterías, y además, esta no es mi casa. Acabe usted la historia.

LORENZO. A los diez y seis años de encerrona me dió un dia el capricho de cambiar de aires. Observé que en mi ventana no habian puesto reja, contando, sin duda, con la elevacion de la torre, que era unas catorce veces mas alta que la columna de Vendome antes de acostarse. En cinco minutos hube formado mi plan. Envolvime en una capa impermeable que se habia dejado en mi calabozo un preso desmemoriado; corté el cristal de la ventana con un diamante...

MELITON. Como!... Usted poseia un diamante?

LORENZO. Sí, el Diamante del Cristiano.

MELITON. Pero eso es un libro.

LORENZO. Pues... con el libro rompí el cristal; tomé un paraguas que se habia dejado otro preso desmemoriado tambien, lo abrí, me agarré bien al puño y me lancé al espacio, confiado

en San Palomo, patron de los que vuelan. Acertóme á ver un centinela antes de llegar al suelo, sonó un tiro y yo me sentí una bala en la rabadilla.

MELITON. ¿Estaba usted herido?

LORENZO. No, caballero; por casualidad mi capa era de aquellas que se probaron hace dos años en Paris. Era un impermeable de balas.

MELITON. ¡Loado sea Dios!

LORENZO. Eché pié á tierra á los diez minutos de hacer dibujos por el aire, cerré el paraguas, y eché á andar camino de Valdepeñas, en donde pienso hallar á mi inolvidable Calixta y á mi tierna Anacleta. (*Calixta, que momentos antes habrá asomado á la puerta del comedor, deteniéndose á escuchar, retrocede exclamando:*)

CALIXTA. Cielos! (*Desaparece.*)

MELITON. Cielos! (*Coinciden las dos exclamaciones.*)

LORENZO. ¿Quién ha dicho cielos? (*Volviendo la cara.*)

MELITON. ¿No lo oye usted? Yo.

LORENZO. Dispénseme usted, caballero. El «*cielos*» se ha dicho á duo, sino me engaño.

MELITON. Veo que no es usted tan fuerte en contrapunto como en escapatorias.

LORENZO. ¡Hace tantos años que no voy al teatro!

MELITON. Oh! sí, muchos años, si como presumo es usted el señor Lorenzo Castañuela?

LORENZO. ¿De qué me conoce usted? (*Azorado.*)

MELITON. Por el hilo he sacado el ovillo.

LORENZO. ¡Ah! monseñor: no delate usted al ovillo, si no quiere Vd. que le corte el hilo... de la existencia.

MELITON. ¿Delatarlo? No tema usted.

LORENZO. Conociéndome á mí, debe usted de conocer tambien á mi esposa, á mi hija...

MELITON. A la señora Calixta, ¿eh?

LORENZO. Es muy reguapa, verdad?

MELITON. ¿A mí me lo cuenta usted hombre? ¿A mí me lo... ¡Ay! (*Suspira.*)

LORENZO. Ese suspiro me indica que la conoce usted bastante.

MELITON. Sí, bastante, vive en este mismo pueblo. Es parroquiana mia.

LORENZO. ¿Cómo se entiende, parroquiana de usted? Yo la dejé en Valdepeñas.

MELITON. La desgracia la obligó á emigrar.

LORENZO. Sí... comprendo; debiera haberlo adivinado. Yo la abandoné dejándola dos pesetas y siete

cuartos, que probablemente habrá gastado en esos diez años de ausencia. Pero y aquí qué hace?

MELITON. Está de ama de gobierno en casa del señor Palmeta, albéitar de Chinchon.

LORENZO. Hombre casado, eh?

MELITON. Viudo empedernido.

LORENZO. Pero será un viudo de edad?

MELITON. Treinta y ocho años cumplidos.

LORENZO. ¡Canario! y qué jóven es ese viudo!

MELITON. Jóven elegante y de talento.

LORENZO. (¡Dios mio! ¿Para que tendrá ese hombre á mi mujer en su casa?)

MELITON. El doctor Palmeta tiene una hija, de la cual es aya la deliciosa Calixta.

LORENZO. ¿Aya?... ¡Ah, ya! ¿Pero y mi hija? ¿Qué ha hecho Calixta de mi tierna Anacleta?

MELITON. Enterrarla. (*Con dolor.*)

LORENZO. ¡Dios mio!... ¡Muerta!

MELITON. Así dicen.

LORENZO. Oh! incomparable dolor... el de un padre hambriento! Por piedad, reverendo, no olvide usted que en ochenticuatro horas solo he comido aquella tortilla.

MELITON. Espere usted un momento. (Avisare á Calixta y á Palmeta.) *Entra en la primera puerta de la derecha.*)

ESCENA III.

LORENZO, *luego* ANACLETA.

LORENZO. Calixta ama de gobierno de un albéitar jóven! ¡Mi hija muerta! ¡Yo con hambre! Solo tú, Dios mio, puedes comprender mi situacion. Me comeré al albéitar. Así mataré dos pájaros de un tiro. ¡Qué todo un pintor de exvotos, persianas y comedores, se vea en la dura necesidad de hacerse antropófago para vivir. Y si á lo menos pudiera comerme á una persona decente. Pero á ese albéitar... ¡A esto llaman civilizacion!

ANACLETA. (*Con una ratonera en la mano en que se ve una rata.*) ¡Papá! ¡papá!... ya ha caido en el garlito, aquí la traigo.

LORENZO. ¡Oh! ¡qué hermosa niña! Me la comeria... á besos.

ANACLETA. Quién será este hombre? Apártese usted que me da miedo!

LORENZO. Permítame usted, señorita, (*Acercándose.*)

ANACLETA. ¡Caramba! he dicho que no quiero cuentos con usted. ¿Cuántos dias hace que no se lava usted la cara?

LORENZO. (¡Cielos! eso será que la tengo sucia.) No me rechace usted señorita. Ya me lavaré Tambien yo tenia una hija como una gloria.

ANACLETA. ¿Y se murió? (*Lorenzo indica que sí.*) ¡Qué ganga para la pobrecita!

LORENZO. (Oh! tormento insufrible! Y ese buen señor no me trae nada que mascar!)

ANACLETA. Permítame usted, buen hombre, que me retire.

LORENZO. ¡Oh! no... un momento por piedad... Gozo tanto contemplando esa gracia infantil!... Ya ve usted, soy un pobre emigrado.

ANACLETA. ¿Es usted moderado?

LORENZO. No, señorita, precisamente por falta de moderacion me veo en estos aprietos.

ANACLETA. ¿Es usted carlista?

LORENZO. No insultemos, señorita, no insultemos. ¿Pero qué es lo que lleva usted ahí?

ANACLETA. Una rata que acaba de cojerse en este momento.

LORENZO. (Si me atreviera á pedírsela! ¡Qué gorda está!) ¡Que hermosa es!

ANACLETA. ¿Hermoso llama usted á eso?

LORENZO. La necesito, démela usted, la necesito.

ANACLETA. ¡Ladrones! (*Se abalanza hácia la niña, que se asusta y empieza á gritar, dirigiéndose hácia la primera puerta de la izquierda.*)

LORENZO. ¿Cómo se entiende? ¿Insultos á mí?

ANACLETA. ¡Socorro! ¡Papa! ¡Calixta! Que se me come el bú. (*Sale Calixta y se coloca delante de Anacleta que desaparece por la puerta expresada. Cuadro.*)

ESCENA IV.

LORENZO, CALIXTA.

(*Meliton atraviesa la escena dirigiéndose al cuarto de Palmeta.*)

LORENZO. ¡Cielos! ¿será un sueño? No... ¡es ella! Calixta, esposa mia! (*Gran explosion de llanto.*) Tócala, hija. (*Le tiende la mano.*) ¿Cómo? no me contestas? Así recibes á tú Lorenzo, á tu Castañuela?

CALIXTA. (*Alargándole, sin mirarle, un canuto de hoja-delata de los que usan los licenciados del ejército.*) Calla y lee.

LORENZO. ¿Qué es esto? ¿Me das la absoluta? Pues mira yo quiero continuar todavia en el servicio.

CALIXTA. No sirves.

LORENZO. ¿Que yo no sirvo? Ya quisiera yo que tú me probaras eso ¡Ah! ya lo comprendo; me desprecias, Calixta, porque me ves sucio, tronado y decaido. ¡Ah! ¡todas son iguales! Y para eso he andado yo ciento veinte kilómetros con los zapatos rotos y los ojos de pollo enconados! ¡Oh que terrible desengaño

CALIXTA. Te desprecio, Lorenzo.

LORENZO. ¡Que aproveche! Como vives ahora con un albeitar jóven, elegante y de talento!

CALIXTA. Hazme el favor de no meterte en lo que no te importa. Estás en su casa y...

LORENZO. ¿Cómo? ¿esta es su casa?

CALIXTA. Sí, Castañuela, en ella he encontrado la tranquilidad y los alimentos de que tu infame crimen me privó.

LORENZO. ¿Y mi hija? (*Calixta señala el cielo.*) Sí, ha muerto lo sé, pero me lo dices con una frescura!

CALIXTA. Yo no he dicho nada.

LORENZO. Por piedad, Calixta, mira que me mata tu indiferencia. Hace cinco minutos que estamos hablando y todavía no me has preguntado si quiero tomar algo.

CALIXTA. Toma las de Villadiego. Todo ha concluido entre los dos.

LORENZO. ¡Ingrata mujer! así consuelas mis terribles padecimientos!

CALIXTA. ¿Has consolado tú los mios, Castañuela? Pensaste, acaso, en mí, cuando le diste el gran apreton á mi hermano? ¡Cómo quedó el desgraciado! Le llevamos á Alhama, á Panticosa, á Caldas de Montbuy... ¡Todo en vano! Murió á los ocho dias de horribles convulsiones. Habíale quedado el pecho pegado á la espalda y no podia pasarle la comida.

LORENZO. Pobrecillo! Si lo sé no aprieto tanto. Pero mira, á mí me pasa la comida perfectamente, conque si tienes por ahí...

CALIXTA. Y yo, Lorenzo? Que habia de hacer sin recursos?

LORENZO. Y aquellas dos pesetas y siete cuartos que te dejé?

CALIXTA. Crees tú que se gasta poco en esos establecimientos de baños? A los tres meses no tenia un céntimo.

LORENZO. Mucho gastar es!

CALIXTA. Al principio cosia calzoncillos de municion, pero un vecino mio, federal, me hizo creer que iban á suprimir el ejército y entonces dejé ese arbitrio para...

LORENZO. Mira ya me lo contarás despues... ya veo que eres un ángel, pero me estoy muriendo de debilidad. Por piedad, Calixta, dame algo que comer, sino quieres quedarte viuda de repente.

CALIXTA. Tan tragon como siempre! El alimento no se niega á nadie. Ven, la mesa está puesta. Luego hablaremos de nuestro destino.

LORENZO. Sí, eso, me conviene un destinillo cualquiera. Pero prepárate á venirte conmigo.

CALIXTA. Eso nunca.

LORENZO. Por fuerza.

CALIXTA. ¿Y mis derechos individuales?

LORENZO. Yo no he jurado la constitucion.

CALIXTA. Pues por eso no comes.

LORENZO. Vamos. (*Vanse hácia el comedor.*)

CALIXTA. Vamos.

ESCENA V.

PALMETA, MELITON.

PALMETA. Mis temores se han realizado.

MELITON. Doctor, me parece que se os han mojado los papeles. Se acabaron las gangas, de lo que me alegro.

PALMETA. Qué os alegrais?

MELITON. Confesad que un hombre jóven todavia, como vos, no debe vivir con una mujer, jóven tambien, como Calixta.

PALMETA. Si la envidia fuera tiña cuantos tiñosos hubiera!

MELITON. Estas palabras...

PALMETA. Os las he dicho por primera y última vez.

MELITON. Siendo así me retiro.

PALMETA. Hasta la vista. (*Se va Meliton y vuelve.*)

MELITON. Inmoral!

PALMETA. Neo!

MELITON. Calavera! (*El mismo juego.*)

PALMETA. Entrometido!

MELITON. Materialista!

PALMETA. Presupuestívoro! (*id.*)

MELITON. No me pagan.

PALMETA. Fastidiarse!

MELITON. Abur!

PALMETA. Abur! (*Vase Meliton por el foro.*)

ESCENA VI.

PALMETA, *luego* CALIXTA.

PALMETA Este es el choque continuo de las ideas nuevas con las rancias preocupaciones.

CALIXTA. (Está comiendo como un tiburon. Qué apetito tan desordenado!)

PALMETA. .Sois vos, Calixta?

CALIXTA. Ah! doctor, venia precisamente en busca vuestra, para suplicaros estudieis la manera de sacarme de este horrible berengenal.

PALMETA. Dejad ese asunto á mi sólida ilustracion y fino tacto.

CALIXTA. Me consta que teneis un tacto muy fino, pero mucho me temo que no logreis...

PALMETA. No desconfieis; soy y seré siempre vuestro celoso protector.

CALIXTA. Oh, gracias! El se acerca; me retiro.

PALMETA. Serenidad y anatomía.

ESCENA VII.

PALMETA, LORENZO, *á su tiempo* CALIXTA.

LORENZO. (*Con una chuleta en la mano y con la boca llena.*) (Tres platos de sopa, dos de cocido, media pierna de carnero, cinco chuletas, una botella de vino y el pan correspondiente. Total: cinco minutos. No tenia tiempo que perder. He comido como un ministerial. Casi me siento demasiado satisfecho.)

PALMETA. Señor mio desearia...

LORENZO. Quién es usted?

PALMETA. Si no lo llevais á mal, el dueño de la casa.

LORENZO. El albeitar de mis pecados! No sé como me contengo! Toma! (*Le arroja la chuleta.*)

PALMETA. Señor mio: espero que recobrareis la compostura, distincion y finos modales que se requieren para hablar de asuntos graves con una persona de ilustracion y de clase como yo. De otro modo creeré que sois muy digno de la encerrona que habeis llevado.

Oidme, si podeis, en calma.

LORENZO. Hablad. (Siempre queda tiempo para romperle una pata á un albeitar deslenguado.) (*Se sientan.*)

PALMETA. Yo soy albeitar.

LORENZO. Lo sé... y compadezco á las bestias de esta villa.

PALMETA. Dirigíame hace cinco años á un vecino pueblo á visitar á un cliente mio.

LORENZO. Siempre seria alguna mula.

PALMETA. Os equivocais era un mulo á quien habian puesto tísico las infidelidades de su esposa.

LORENZO. (Con que consideracion trata á sus semejantes!) Continuad.

PALMETA. De pronto llamaron mi atencion unos ayes de mamífero que salian del borde del camino. Apeéme del caballo y me dirijí al sitio de do brotaban los quejidos. ¡Qué lastimoso cuadro se ofreció á mi vista! Un gallardo bul-dog, á quien habian dado la morcilla, lanzaba su postrer suspiro en aras de las ordenanzas municipales, mientras una pobre mujer, que llevaba en los brazos una flaca criatura, creyendo que el animalito moria de hambre, le ofrecia el único mendrugo de pan que le quedaba para alimentarse á sí propia y á su tierna niña. Sublime rasgo de filantropía! ¿No os conmoveis, señor mio?

LORENZO. He visto cuadros mucho mas conmovedores.

PALMETA. Pues bien, aquella caritativa y desgraciada mujer era Calixta, vuestra magnífica esposa.

LORENZO. Ella! Ahora si que me conmuevo. ¡Ah!

PALMETA. Intereséme desde luego por ella y sobre todo por su hermosa niña, que se parecia, como un huevo á una castaña, á una que yo acababa de perder. Vuestra esposa me contó su historia y, os lo confieso, á ser viuda, me hubiera casado con ella.

LORENZO. Con la historia?

PALMETA. No, con Calixta.

LORENZO. (No lo creo.) Adelante.

PALMETA. Ofrecíle el refugio de mi casa.

LORENZO. (Buen refugio!)

PALMETA. Le aceptó agradecida.

LORENZO. (Te veo!) Luego murió mi niña.

PALMETA. Que habia de morir, hombre! que habia...

LORENZO. Cómo?

PALMETA. Yo la adopté, poniéndola en lugar de la mia, en virtud de su parecido.

LORENZO. Ah pillo! ¿Con qué eres tú el roba criaturas de que hablaban los periódicos? Con que eres de los que hacen bujías esteáricas con la tierna grasa de la infancia?

PALMETA. Os he dicho que vive vuestra hija.

LORENZO. Ah si! tendria la pobrecita tan poca grasa! Es aquella que he visto aquí hace un momento?

PALMETA. La misma.

RORENZO. Cuando digo que soy fisonomista, Anacleta! Anacletita de mi alma! (*Levantándose y recorriendo la habitacion llamándola.*)

PALMETA. No he concluido todavía.

LORENZO. Pues al grano, que tengo prisa.

PALMETA. Esa niña me tiene por su padre; me quiere entrañablemente, es muy delicada de salud y si la decimos de pronto que no es mi hija, y que lo es, en cambio, de un hombre feo, repugnante y condenado como vos... en menos que canta un gallo se marcha á hacer compañía á su tio, el del apreton.

LORENZO. (Cielos! esto es grave.)

PALMETA. Ahora si quereis se lo diremos.

LORENZO. Hombre, no sea usted bárbaro. Ya veo que no tiene usted ni dos dedos de frente. (Hé aquí una reputacion tan infundada como la de muchos que yo conozco. No le fiaria yo un perro mio! Mire usted que irle á decir ahora á la niña!...

PALMETA. (Ya es mio.)

CALIXTA. (*Desde la puerta en donde escuchaba.* (Ya es nuestro.)

LORENZO. Permítame usted á lo menos que yo la vea, que me embriague en su mirada...

PALMETA. Al momento.

LORENZO. Es usted un hombre generoso y grande.

PALMETA. Me consta. ¡Anacleta! ¡Calixta! (*Llama.*)

ESCENA VIII.

DICHOS.—ANACLETA, CALIXTA.

ANACLETA. ¿Qué quieres papaito?

LORENZO. (¡Ay de mí! No sé lo que tengo. La comida se me ha quedado aquí toda.)

PALMETA. ¿No me buscabas, mimosilla mia?

ANACLETA. Sí, papá, para decirte que un hombre muy

feo, que andaba por aquí, se empeñaba en hacerme fiestas y en buscarme conversacion. ¡Qué miedo he pasado!

LORENZO. (¡Ay! que horrible indigestion!)

ANACLETA. Ha dicho que tenia una hija. Dios me libre de haber sido yo.

CALIXTA. (Pobre infeliz! ¡Qué paliza llevas!)

LORENZO. (Insoportable tormento! Aquella media pierna de cabrito se me ha atravesado en el estómago.)

ANACLETA. Míralo, papá: allí está todavía. ¡Jesús! ¡si es mas feo que caco!

PALMETA. Ese es un buen hombre que te quiere mucho, hija mia.

ANACLETA. No, no me fio de él. Á otro perro con el hueso. (*Se va por la izquierda.*)

LORENZO. (El hueso lo tengo yo aquí.)

PALMETA. Ya lo veis.

LORENZO. Sí, ya lo veo. (*Palmeta se va por el foro.*)

ESCENA IX.

LORENZO, CALIXTA.

LORENZO. ¡Ah! Calixta, cuanto sufro!

CALIXTA. Lo comprendo, Lorenzo, pero tu buena accion acaba de borrar un pasado de ignominia.

LORENZO. (Mañana me purgo sin remedio.)

CALIXTA. Toma, Lorenzo; ya eres digno de estrechar esta mano. (*Se la tiende.*)

LORENZO. ¡Ah! no me atrevo.

CALIXTA. Atrévete tonto; te he perdonado ya.

LORENZO. ¡Oh supremo momento! ¡oh! ¡inefable delicia! (¡Qué feliz seria yo ahora sin este maldito peso!)

CALIXTA. Has salvado á tu hija. Ahora dispon de tu esposa. Te seguiré hasta el fin del mundo, á tu propio calabozo, si te echan el guante, hasta al cadalso, si conviene.

LORENZO. No, no... no conviene.

CALIXTA. Soy tuya, Lorenzo.

LORENZO. (Ya hace tiempo.) Escucha, Calixta. Vas á decirme la verdad como si yo fuera tu confesor.

CALIXTA. Pregunta y lo sabrás. (*Le da el brazo.*)

LORENZO. ¿Ese albéitar que tanto bien te ha hecho, no te ha hecho nunca tilin?

CALIXTA. ¡Por Dios, Lorenzo! (*Avergonzada.*)

LORENZO. Anda, morena, sin cortedad, contéstame. (*Ella afirma con la cabeza.*) ¡Ay! (*Grito.*)

CALIXTA. ¿Qué tienes?

LORENZO. Nada, esa maldita comida que no me ha sentado bien. Y dime: ¿te hubieras casado con él á no estar de por medio este medio cadáver?

CÁLIXTA. ¡Es tan generoso! ¡tan bueno!

LORENZO. ¡Tan guapito! ¡Ay! (*Grito mas fuerte.*)

CALIXTA. ¿Qué es eso, Lorenzo?

LORENZO. La comida, hija, la comida. (¡Ah! ¿por qué apreté tanto á mi cuñado!) ¿Estás, pues, dispuesta á seguirme?

CALIXTA. ¡Oh! sí... Te quiero como antes, mas que antes, como nunca.

LORENZO. Corre pues á arreglar tus maletas. Nos iremos á Buenos-Aires á pintar exvotos.

CALIXTA. Persianas y comedores.

LORENZO. En pocos años haremos una fortuna.

CALIXTA. Lo creo. Espera un momento.

(*Vase por la izquierda.*)

ESCENA X.

LORENZO, *luego* ANACLETA.

LORENZO. Estoy fresco. Mi hija se queda en casa de huéspedes; mi mujer no me quiere aunque me dora la píldora; yo reviento un dia de estos, si esta plétora sigue, como espero: ¡Dios mio! ¡Porqué apreté tanto á mi cuñado! ¡Porqué apreté tanto en la comida! ¡De aquellos aprietos vienen estas apreturas! Si parece que se me incendia el estómago. ¡Diablo! ya sé lo que será. ¡El petróleo! ¡el petróleo! ¡Soy hombre al fuego! (*Cae sentado en la butaca de la derecha.*) Voy á acabar como las Tullerías. ¡Ay! (*Se revuelve.*) ¡Socorro! (*Con voz ahogada.*) ¡Qué llamen á los bomberos! ¡qué los llamen! ¡Ay!

ANACLETA. (¡Qué miro! ¡Todavía aquí el desconocido de la cara sucia!)

LORENZO. ¡Hija mia!

ANACLETA. (Ahora me llama su hija... Cuando digo que este hombre está tocado!...)

LORENZO. ¡Anacleta, hija mia!

ANACLETA. (Si, ahora baja.)

LORENZO. (*Levantándose.*) Señorita: yo voy á reventar dentro de poco. Permítame usted que antes

la contemple á usted de cerca.

ANACLETA. ¡Qué empeño de hombre! ¡Caramba! Es usted mas pesado que un pretendiente.

LORENZO. Ah! señorita, se lo aseguro á usted, yo no me como los niños.

ANACLETA. ¿Me lo asegura usted?

LORENZO. Bajo mi palabra de Castañuela.

ANACLETA. ¿Ese es el nombre de usted?

LORENZO. Sí, hija mia.

ANACLETA. Es un nombre que dá ganas de bailar.

LORENZO. ¡Como que es cosa de bolero!

ANACLETA. Ya no me dá usted tanto miedo.

LORENZO. ¡Oh, gracias! Lléguese usted... Así... Así... (*Lorenzo se arrodilla apoyando el brazo sobre la mesa. Anacleta se le acerca poco á poco.*) (*Con emocion.*) Ay que gusto y que placer, es cosa rica...

ANACLETA. (*Reparando en el puño de Lorenzo la marca de las esposas.*) ¡Cielos! ¿qué es esto?

LORENZO. (Tapa, Lorenzo.) (*Retirando el brazo.*)

ANACLETA. Usted ha sido presidiario.

LORENZO. Oh! no, hija mia, yo no he sido nunca eso. Es la marca de unas sanguijuelas que me pusieron cuando jóven.

ANACLETA. ¿Sanguijuelas en la muñeca?

LORENZO. Cosas de España, hija mia. (¡Qué golpe, Dios mio... me ha dado la pierna en el estómago!) ¡Ay, yo me muero!

ANACLETA. ¿Qué tiene usted ahora?

LORENZO. (*Con voz ahogada.*) ¡Socorro! que llamen á... cualquiera ¡Que me muero... que me muero!...

ANACLETA. ¡Calixta! Calixta, el hombre feo se muere. ¡Socorro!

ESCENA XI.

DICHOS, CALIXTA.

CALIXTA. ¡Dios mio! ¡Lorenzo! ¡Lorenzo! ¡Infeliz! las emociones acaban con su vida.

LORENZO. Si... las emociones... ya te lo dirán de misas. (*Entrecortado.*)

CALIXTA. No te apures, esposo mio, estás en casa del albeitar.

LORENZO. ¡Valiente consuelo!

CALIXTA. Avisad á vuestro padre, Anacleta.

ANACLETA. Ha salido.

LORENZO. No hace falta. ¡Qué traigan una bomba!

CALIXTA. ¿Una bomba? (¡Infeliz! está delirando.)

ANACLETA. Aquí viene papá.

LORENZO. Este me remata.

CALIXTA. ¡Doctor, doctor! Aprisa.

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, PALMETA.

PALMETA. ¡Cielos! que veo. (*Se acerca.*) Este hombre se vá por la posta. Los sufrimientos morales lo han muerto.

LORENZO. Ya... se... cono...ce... que... es... un albeitar.

PALMETA. ¿Qué dice?

CALIXTA. ¡Alma noble! Hasta muriendo está de broma.

LORENZO. No... tie...nes... tu... ma...la... bro...ma... In...civil.... es... mo...rir... de... un... atra...con.., pe...ro... mas... in...ci...vil... se...ria... mo...rir... de... ham...bre...— ¡Hija... mia!

CALIXTA. (*Aparte á Anacleta.*) Se le ha metido entre ceja y ceja que eres su hija. Llámale padre. Démosle este gusto, ya que se muere.

ANACLETA. (*Arrodillándose junto a Lorenzo.*) ¡Padre mio! ¡Caro papá!

LORENZO. ¡Tar...dis... piu...las...tis!... (*Vá á darla un beso, y cae desplomado en el suelo.*)

CALIXTA. ¡Ha muerto como un justo!

ANACLETA. ¡Justo!

PALMETA. ¡Justo!

TELON.


3 0112 117466208